

Conferencia Episcopal renovada. ¿Iglesia renovable?

HABÍA en el ambiente de fuera más curiosidad y expectación que esperanza. En la última semana de febrero la Conferencia Episcopal elegía los nuevos cargos. Como noticia ocupó un amplio espacio en los periódicos. Los cambios que se han producido, dentro de los límites en que reposadamente se mueven los obispos, dejaban entrever no una escueta sustitución de personas sino una inflexión en el estilo y en las actitudes.

Las crónicas de cada día expresaban esto con su peculiar manera. Aparecían frases llamativas que iban desde «autonomía episcopal», pasando por «independencia frente al Vaticano», hasta «bofetada sonora» y «rebelión de los obispos».

El paso de las semanas y los meses permitirá ver que el nuevo equipo dirigente no está tan copernicanamente alejado del anterior, aunque podrán apreciarse nuevas aproximaciones a los problemas y a las personas. Maneras distintas de hablar y actuar que tienen su importancia y grande. Piénsese en lo que hubiese supuesto para la Iglesia católica, el otoño de 1958, la elección como Papa de un cardenal Ottaviani en lugar del

cardenal Roncalli o lo que hubiese sido la transición en España si en lugar de tener como presidente de la Conferencia Episcopal y arzobispo de Madrid al cardenal Tarancón, hubiese estado en ese puesto su predecesor, el arzobispo Morcillo.

Con el cambio de las personas se ha deseado para el próximo trienio dinamizar más a la conferencia que se había venido moviendo con una cierta apatía, reforzar la colaboración colegial de todos los obispos frente a un estilo más vertical, mejorar el clima de relaciones de los obispos con el Gobierno, con el mundo de la cultura y con los medios de comunicación. Este restablecimiento del diálogo con la sociedad civil y con el

Gobierno es importante. Hay áreas, como la actitud del partido en el Gobierno en temas educativos, en las que parece no se han superado los prejuicios. No se trata, por parte de la Iglesia, de blandir el arma de los Acuerdos del Estado con el Vaticano (1979) para hacer doblegar alguna cabeza. El marco constitucional, aceptado con limpieza y sin resquemores del pasado, ofrece una plataforma de diálogo cívico en una sociedad pluralista.

Pero nuestra reflexión sobre la Iglesia no termina aquí sino que arranca, precisamente, de este punto: la renovación de la cumbre de la Conferencia Episcopal. No hacemos un análisis minucioso de los cambios. Lo que verdaderamente importa es saber cómo debe ser y estar la Iglesia, que nosotros formamos, en el mundo en que vivimos. La Conferencia Episcopal ha quedado renovada. ¿Hasta qué punto es la Iglesia renovable?

La Iglesia hacia fuera

ABORDEMOS, en primer lugar, la calidad de la presencia de nuestra Iglesia **en la sociedad**. Se percibe en nuestro entorno una cierta privatización de la religión. Si antes la Iglesia era un grupo que ayudaba a mantener viva la propia fe, hoy día para no pocos, la Iglesia puede representar hasta un estorbo para creer. A católicos de una cierta cultura y de buena voluntad les parece que

muchas de las «comparecencias» de la Iglesia en la vida pública despiden el tufillo rancio de «cosas de curas».

*La Iglesia en este momento en España tendría que reavivar su conciencia de misión. Es la hermana de los hombres que intenta vivir con sobriedad y con gozo en el Evangelio y lo ofrece a quienes lo quieran recibir. Redescubre hoy su vocación de **ser enviada**. Que la Iglesia sea fiel a sus principios no quiere decir que tenga que limitarse a repetir, con gesto ceñudo desde la cátedra, un puñado de verdades olvidadas. En no pocas las encrucijadas en su ya larga historia y en momentos de fuerte conflicto social o cultural ha acabado reconociendo, aunque tarde, la voluntad de Dios en la apertura a los paganos.*

Y esta apertura debe acentuarse, aún más, en la presencia de la Iglesia en el mundo de los pobres y los marginados. Desde el Vaticano II para acá la Iglesia ha entrado más de lleno en algunas de las necesidades de los hombres. A ello han contribuido de manera notable los documentos de Juan Pablo II en materia social. Esta opción por los pobres no se ha quedado sólo en los libros o en los sermones. Ha bajado a la calle. Pero debe seguir hacia adelante y todavía con mayor decisión. Debe ser «una comunidad totalmente inmersa en la historia de los hombres de hoy, una Iglesia realmente militante en favor de los pobres y empobrecidos, al lado de los que luchan por hacer este mundo nuestro más humano y, por lo tanto, más divino» (Molmann). La Iglesia oficial todavía da a veces la impresión de estar demasiado ocupada en cuestiones doctrinales de segunda categoría. Cuando Juan XXIII convocaba el Concilio aspiraba a una Iglesia que se abriera al mundo, fomentara la unión de los cristianos y fuera la Iglesia de los pobres. Nos preguntamos hasta qué punto el postconcilio ha seguido decididamente por ese camino o si se ha producido un cierto parón. Rahner decía que el Concilio sólo era «el principio del principio». La época del Concilio pudo tener algo de ingenuidad entusiasta. Sería penoso que por reacción o por cansancio nos hubiéramos instalado en una lucidez aburrida.

La Iglesia hacia dentro

Si venimos al interior de la Iglesia, que es más comunidad y pueblo que sociedad estructurada, parece igualmente necesario subrayar algunas líneas de fuerza. Resulta especialmente necesario hoy acentuar la igualdad entre los miembros, entre las iglesias y la unidad en la pluralidad de las diversas naciones, culturas y mentalidades.

Igualdad entre los miembros. Como creyentes bautizados todos los católicos son radicalmente iguales. Lo expresé, con sobriedad certera, San Agustín cuando les decía a sus contemporáneos: «Con vosotros soy cristiano; para vosotros, soy obispo». En los primeros siglos, la participación de los seglares en la vida de la Iglesia y especialmente en los concilios fue significativa. En el postconcilio y tal vez de forma creciente se ha ido difuminando el papel activo de todos los católicos en la vida de la Iglesia. La jerarquía parece más dispuesta a la colaboración de los seglares (o simple ejecución) que a la corresponsabilidad de y con ellos. Sería lamentable que desde la realidad de Pueblo de Dios (Vaticano II) fuéramos retrocediendo a la «Iglesia clerical», más en consonancia con el Vaticano I en el siglo pasado. El nuevo Código de Derecho Canónico, de 1983, tal vez no haya quedado del todo a salvo de este peligro.

Igualdad entre las iglesias. Nos movemos aquí entre dos líneas que marcan los límites del campo. La Iglesia universal no es simplemente una alianza interesada de iglesias locales. Una especie de Commonwealth a lo divino. Pero tampoco las iglesias locales son simples regiones administrativas, provincias de la Iglesia universal gobernadas de forma centralista desde Roma. «En todas las iglesias particulares y de todas ellas resulta la Iglesia católica, una y única» (LG 23). El documento del Vaticano (Doctrina de la Fe, mayo de 1992) sobre «algunos aspectos de la Iglesia como comunión», en opinión de H. Pottmeyer, catedrático de Teología fundamental en Bochum, acentúa más la visión centralista que las relaciones fraternales entre las iglesias locales con Roma. Si los obispos aparecieran como simples ejecutivos de

una multinacional que transmiten las ordenaciones de la Curia vaticana, se habría perdido entonces el atractivo y la riqueza de una familia grande en la que en primer término aparece más la armonía responsable y adulta que el ejercicio formal de la autoridad. Hace ya siglos se citaba en la Iglesia —con aceptación— la máxima *«quod omnes tangit ab omnibus tractari et approbari debet»* («lo que toca a todos tiene que ser debatido y aprobado por todos»). En la fórmula, ya consagrada, del Colegio de los obispos **con Pedro y bajo Pedro**, tal vez hoy, para reconducir el excesivo verticalismo, sin perder el **bajo** habría que acentuar más confiadamente el **con**.

ESTAS necesidades pueden ser actuales y urgentes. Al mismo tiempo no son realizables de un modo pleno y definitivo. Así es el hombre y así es también la Iglesia. Formamos parte los católicos de una comunidad que está siempre necesitada de reforma. Unos y otros tenemos que aportar la contribución de una paciencia que no se cansa de seguir aunque sepa que nunca va a llegar del todo. «En la Santa Iglesia —escribió hace siglos un Santo Padre— cada uno es llevado por otros y lleva a otros. Si yo me niego a soportar las limitaciones y defectos vuestros y vosotros no queréis tolerar los míos, ¿cómo va a surgir aquel amor mutuo en que nos ha unido, por su pasión y paciencia, el amor vicario de Jesús, único fundamento que soporta a todos sin ser soportado por nadie? (Gregorio Magno, *In Ezequielem*, P. L. 76, 939).

Sólo en este marco se puede valorar adecuadamente el cambio de equipo directivo de la Conferencia Episcopal. Salir de él implicaría quedar enmarañados en la política o incluso el politiquero —que también se da en la Iglesia— de los nombramientos o las elecciones, los cambios de rumbo o de ritmo. La Iglesia ha de ser más lugar de acogida para los que sufren y más hogar de familia para los que están dentro. En la medida en que los nuevos cargos alienten, todavía más, la marcha por este camino, la elección habrá sido un acierto. Lo necesitamos y por ello lo deseamos.